

¿Y ahora qué?

El baleo y posterior muerte del comandante en jefe del Ejército, general René Schneider, fue traumatizante para la generalidad de los mandos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas. Los mandos de nivel medio y superior, que no conocían el verdadero argumento de la trama golpista en que se había enredado Schneider, analizaron el suceso con la simpleza de un campesino: el general fue asesinado por la inepticia de los políticos.

La imagen del general en retiro, Roberto Viaux, que hasta octubre representaba «el renacimiento del ejército» para muchos mandos, estalló como una pompa de jabón, pero, una vez más, la razón dada fue: Viaux se corrompió al tomar contacto con los políticos.

En suma, dentro de la oficialidad del Ejército, la Fuerza Aérea y la Marina, el comienzo del período presidencial de Allende coincide con un violento sentimiento de odio y desprecio a los civiles, que llegó a tomar la forma, en algunas asambleas improvisadas en el Club Militar de Santiago (curiosamente ubicado al lado de la Embajada de Brasil) de «¿y qué pasa si les quitamos pan y pedazo a estos payasos, y nos quedamos con todo?». La pregunta, con el correr de los días tomó el camino de la reflexión y los contornos de una contrapregunta: «¿Estamos los militares preparados para hacernos cargo de todo?»

De improviso, para un observador externo, quedaba justificada la aparentemente inocua tarea emprendida por el Pentágono a partir de 1964 en las Fuerzas Armadas chilenas, al introducir en el estudio para los alumnos de las Academias de altos mandos, las cátedras de economía, política, desarrollo industrial, reforma agraria, etc. Quedaba justificada como la etapa de preparación de unas Fuerzas Armadas en un país colonizado; para afrontar con alguna posibilidad de éxito un momento de crisis del sistema de colonización. En Chile, a comienzos de 1971 se estaban gestando ese mismo par de circunstancias.

En ese momento, en el Ejército principalmente, comenzaron a tener importancia los «cabeza de huevo», es decir, un grupo de generales, coroneles, tenientes coroneles y mayores que en la Academia de Guerra se venían preocupando desde 1970, intensamente, de «la realidad nacional» y sus «problemas». Estaban asesorados directamente por el Pentágono, a través de la misión

militar de los Estados Unidos en Santiago, la cual los guiaba en el estudio de economía superior, macrosociología y micro-sociología y temas conexos.

Los «cabeza de huevo» tenían un brillante exponente, en 1970, en el mayor Claudio López Silva. Este graduado de sociólogo, planteó una tesis que se llamó *Las Fuerzas Armadas en el Tercer Mundo*, y que fue publicada internamente en el «Memorial del Ejército de Chile», número 356, por recomendación del director de ese boletín interno, general Pablo Schaffhauser, que al año siguiente sería jefe del Estado Mayor. La tesis planteada por el mayor Claudio López Silva podría resumirse en las siguientes ideas:

1) En el tercer mundo existe una fuerte tendencia a que los militares participen en política.

2) Las Fuerzas Armadas del tercer mundo son la única organización social coherente, capacitada y eficaz para enfrentarse a los problemas socio-económicos de los países subdesarrollados (esta es, por supuesto, la misma tesis planteada por Nelson Rockefeller, en 1969, en su informe sobre los países de América Latina).

3) El «comunismo» es un enemigo real, pero «en innumerables ocasiones» los pequeños grupos de «oligarcas» que dominan una sociedad se valen del «fantasma del comunismo» para hacer intervenir a los militares en política, empujarlos a que derroquen Gobiernos, y servirse de ellos para recuperar sus posiciones de explotación.

4) La causa principal de la inquietud política en América Latina es la pobreza. Y la pobreza se produce por un reparto injusto de la riqueza. Si se hace un reparto equitativo de esa riqueza, entonces «no existirá subversión».

5) Estados Unidos tiene el deber de impedir la subversión en América Latina, ayudando en los programas de desarrollo.

6) La única forma correcta de enfrentarse al comunismo es realizando reformas en los sectores agrario, bancario e industrial, para hacer justicia «al obrero y al empresario».

7) Sólo las Fuerzas Armadas se han demostrado capaces de hacer cambios en las sociedades del tercer mundo sin que ello signifiquen un «caos social».

8) Las Fuerzas Armadas, en América Latina, son la única organización coherente que puede mantener a esos países en «el bloque occidental de naciones».

9) El problema del desarrollo económico de cada pueblo ha

dejado de ser un problema de los políticos o de los grupos civiles. Es un problema básicamente de «soberanía nacional», que atañe primordialmente a las Fuerzas Armadas de ese país. Un país débil tiene un aparato militar débil. Un país económicamente fuerte tiene Fuerzas Armadas fuertes. Por eso, cuando los políticos civiles son incapaces de desarrollar la economía de un país, los militares deben intervenir para impedir que la soberanía nacional esté en peligro.

10) «La Constitución y las leyes» no son «entes sociales inalterables», sino estructuras legislativas que pueden cambiarse, adecuarse o «destruirse», según sean las conveniencias de una nación para mantener su seguridad y su soberanía interna y externa.

Basados en esta especie de «decálogo», los «cabeza de huevo» planteaban la tesis, a fines de 1970, que la estructura económica, política y social de Chile estaba en crisis, una crisis profunda de la que, como «nación occidental», sólo se podía salvar si las Fuerzas Armadas, como organización «política y armada» se hacían cargo de la conducción de la sociedad entera.

El general Herman Brady Roche y los coroneles Washington Carrasco y Mario Sepúlveda Squella, todos ellos figuras eminentes del Servicio de Inteligencia Militar, eran una especie de «líderes intelectuales» del movimiento de los «cabeza de huevo» que planteaban una «explicación del fenómeno Allende», tan novedosa para el resto de los generales y altos mandos, que durante 1971 se discutió con minuciosidad en las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas.

La interpretación decía que «Allende no es un peligro para el tipo de sociedad que nosotros, las Fuerzas Armadas, queremos». «Al revés, Allende es una seguridad para este momento crítico». Y argumentaban así: el nuevo Presidente de la República sabe que continuará en el cargo solamente si hace respetar la Constitución actual. En cambio, sus enemigos políticos harán todo lo posible por destruir la actual Constitución, ya que se mostró incapaz de impedir el triunfo de una agrupación izquierdista del tipo de la de Allende. Ahora bien, ¿qué necesitamos las Fuerzas Armadas en este momento? Necesitamos sólo una cosa, y en gran cantidad: TIEMPO. ¿Tiempo para qué? Tiempo para prepararnos, para adiestrar a nuestros cuadros para el momento en que tengamos que hacernos cargo de todo el aparato de la sociedad. Ese tiempo nos lo da el presidente Allende, el cual, cuidando de no salirse de la Constitución, y cuidando de

no ponernos a nosotros en su contra, nos permitirá participar en la Administración del Estado, tratará de desarmar el intento del populacho por organizarse, intentará desarmar políticamente los intentos golpistas de la derecha sin recurrir a la «insurrección popular», y con ello irá haciendo madurar adecuadamente las condiciones para que las Fuerzas Armadas, en el momento oportuno, entren en escena y funden «un nuevo orden social, sin políticos, sin odios de clases» y «ponga en cintura tanto a los patrones como a los obreros».

Basados en este pensamiento general, los «cabeza de huevo» nucleados en torno a Brady, Carrasco y Sepúlveda, señalaban a sus incrédulos compañeros que «tenemos que acercarnos a Allende, tenemos que convivir con sus políticos, tenemos que participar en sus reuniones». Y agregaban: tenemos que demostrarles que somos «allendistas», y ellos, desesperados como están por la falta de maniobrabilidad que tienen para sus planes de nacionalizaciones y expropiaciones, se aferrarán a estos «allendistas», los acercarán al aparato administrativo y los irán transformando en su verdadera base frente a la embestida de los latifundistas y monopolistas «recalcitrantes», así como frente a la embestida del populacho que tratará de empujarlos cada vez más a una situación que se parezca a la bolchevique en 1917. Todo ello nos dejará en situación inmejorable para intervenir con buenas perspectivas de éxito cuando sea necesario.

Los «cabeza de huevo» ganaron la adhesión de los demás grupos de altos mandos cuando plantearon claramente que «nuestro enemigo fundamental es el comunismo», «nuestra tarea fundamental es impedir que el comunismo, montado en la insurrección del populacho, se adueñe de Chile». Pero, «en este momento», con Allende en la Presidencia, «el comunismo no está a las puertas del cuartel», «está muy lejos todavía, existe el peligro de que después, más tarde, con el desarrollo de los acontecimientos, ni siquiera Allende pueda conjurar el peligro comunista. «En ese momento, tendremos que intervenir; no antes.»

Durante los años 1971, 1972 y 1973, los generales Herman Brady Roche, Orlando Urbina Herrera, Guillermo Pickering, Pedro Palacios Cameron (quien fue nombrado ministro de Minería en la primera crisis de Gabinete de Allende), Rolando González Martins, César Raúl Benavides, y los coroneles (después generales) Washington Carrasco, Mario Sepúlveda Squella y Sergio Arellano Stark (actual jefe de la guarnición de San-

tiago y de la Segunda División), fueron considerados por el propio Salvador Allende y por sus colaboradores más cercanos como «hombres leales», e incluso, en el caso de Herman Brady, como «marxistas». Este trabajo de engaño de los «cabeza de huevo» de la Academia de Guerra y del Servicio de Inteligencia, no cabe duda, ha sido uno de los puntos más altos de inteligencia mostrados por los altos mandos militares en Chile en los últimos años.

Es conveniente tener en cuenta que cuando el canciller Clodomiro Almeyda, del partido socialista, viajó a La Habana en julio de 1971, lo acompañó en su reducida comitiva el coronel Washington Carrasco, el cual se ganó, en el viaje, las simpatías del canciller y de sus asesores políticos como «progresista» y una «promesa» como revolucionario. El 11 de septiembre de 1973, Carrasco, ya ascendido a general, era el jefe de la Tercera División, con asiento en la industrial ciudad de Concepción. Allí tuvo el récord de haber asesinado (o fusilado) en sólo tres horas, desde las cinco a las ocho de la madrugada del día 11, a 250 dirigentes sindicales obreros y campesinos. A la semana siguiente, por supuesto, como en todo el país, esa cifra ya se había más que cuadruplicado.

Este grupo de generales y coroneles, a través del senador Alberto Jerez, del Movimiento de Acción Popular Unitaria (y más tarde la de Izquierda Cristiana), miembro de la Comisión de Defensa del Senado y una especie de «coordinador» entre Salvador Allende y los generales de las tres ramas de las Fuerzas Armadas, convenció al nuevo Presidente chileno de la bondad de la teoría de «las fronteras económicas», cuya síntesis era la siguiente. Las Fuerzas Armadas son garantes no sólo de las fronteras físicas de una nación sino también de sus «fronteras económicas», es decir, son responsables del desarrollo económico.

Ya el 4 de noviembre de 1971, en el Estadio Nacional, el presidente Allende, en su discurso de aniversario del primer año de Gobierno, al rendir homenaje a la «lealtad y disciplina de las Fuerzas Armadas y Carabineros», planteó públicamente la teoría: «Destaco la forma en que ellos se han incorporado al proceso de defender nuestras fronteras económicas y su presencia en el acero, en el hierro, en el cobre, en la Comisión de Energía Nuclear. Ello coloca a Chile como un ejemplo que envidian muchos países del mundo».

En ese momento, altos mandos militares en servicio acti-

vo habían sido colocados por Allende en 265 cargos importantes del aparato económico nacional, incluyendo la Corporación de Fomento de la Producción y la Oficina de Planificación Nacional, los centros motores del desarrollo económico chileno. Representantes en servicio activo de la Fuerza Aérea, la Marina y el Ejército, eran miembros de los directorios de las nacionalizadas minas de cobre de Chuquicamata, El Salvador y El Teniente.

Pero los «cabeza de huevo» no se limitaron a llevar adelante su táctica de «prepararse para gobernar en el momento oportuno», solamente consiguiendo que Allende aprobara y pusiera en práctica la teoría de las «fronteras económicas». También agregaron la componente de «inteligencia» de esta preparación: colocaron en organismos claves de la administración económica del país a decenas de miembros del Servicio de Inteligencia Militar, de la Fuerza Aérea y de la Marina como «civiles». Es decir, sin que la administración de la Unidad Popular se diera cuenta que esos funcionarios pertenecían a los organismos de Inteligencia de las Fuerzas Armadas.

Uno de los casos más notables de esta «infiltración» en el aparato técnico-administrativo de la Unidad Popular, lo fue la Corporación de Fomento. La revista chilena reaccionaria «Qué pasa», en su edición del 2 de noviembre de 1973, después del derrocamiento de Allende, al iniciar una crónica sobre la CORFO, entrevistando a su nuevo vicepresidente, el general de brigada Sergio Nuño Bawden (quien fuera nombrado por el propio Allende, en 1971, gerente de una fábrica de explosivos filial de la CORFO), escribe la siguiente confidencia de éste:

«Todo este mundo complejo atrajo oportunamente la atención del Servicio de Inteligencia Militar y CORFO pasó a ser considerada un tema «clave». Esto se tradujo en curiosas anécdotas: el ex Secretario General de la institución, cuando se presentó voluntariamente después del 11 de septiembre al Ministerio de Defensa, se encontró con que un modesto funcionario administrativo que dos años antes había contratado, estaba allí como miembro del Ejército. Muchos fueron los empleados que luego del pronunciamiento de las Fuerzas Armadas se llevaron sorpresas al ver ex compañeros vistiendo de uniforme».

Esta infiltración militar en el aparato civil, planificada específicamente, según definición de los «cabeza de huevo», para «darnos un adiestramiento que nos permita manejar el país», no se hizo solamente a nivel de la estructura económica del

Estado. También se movilizó a nivel de la estructura política, colocando algunos de sus cuadros en cada uno de los partidos políticos de la Unidad Popular, en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y el Partido Comunista Revolucionario, en las organizaciones de periodistas de izquierda y en las organizaciones sindicales tanto de obreros, campesinos como empleados.

Así y todo, tal como lo habían previsto los analistas de los «cabeza de huevo» en sus discusiones de fines de 1970 para calmar a los demás altos mandos que se desesperaban por la presencia de Allende en La Moneda, el Gobierno de la Unidad Popular siguió integrando a esos altos mandos al aparato administrativo en lo que pareció ser una carrera desesperada por mantener «neutralizadas» a las Fuerzas Armadas.

Ya en mayo de 1973, cuando la conspiración militar era voz pública, el presidente Allende insistía en los viejos planteamientos de 1971, y en su mensaje anual al Parlamento, el día 21 de ese mes, leía lo siguiente:

«En una sociedad moderna, como la concebimos, las Fuerzas Armadas deben estar integradas plenamente. Deseo expresar la satisfacción del país por su desempeño, al igual que el de Carabineros e Investigaciones, en el cumplimiento de sus patrióticas tareas.

»Las primeras, además de cumplir su *rol* habitual, integraron junto a los representantes de los partidos populares y la Central Unica de Trabajadores, el Gabinete que designará para poner término al paro subversivo de octubre.

»Ha sido preocupación permanente del Gobierno impulsar y dar satisfacción a los planes de desarrollo de las tres ramas de las Fuerzas Armadas para afianzar, aún más, el estricto cumplimiento de las tareas específicas que a ellas les encomienda la Defensa Nacional. Es así como, durante el año 1972, se promulgaron leyes destinadas a aumentar las plantas del Ejército y la Fuerza Aérea y se encuentra sometido a la aprobación del Congreso un proyecto que persigue el mismo fin para la Armada Nacional. A lo que debe agregarse el apoyo económico para el mejoramiento y ampliación de sus infraestructuras, así como para la renovación del material bélico y logístico.

»Esta política será continuada en respaldo del desarrollo económico, pues la seguridad y el desarrollo exigen una conjugación armónica cuyo desequilibrio sólo puede traer consecuencias negativas para el país. Razón por la cual el Gobierno HA PUESTO ESPECIAL ÉNFASIS en la participación de las Fuer-

zas Armadas en los programas socioeconómicos... El Gobierno continuará impulsando esta participación, que permite a Chile contar con un potencial humano de ALTA PREPARACIÓN MORAL E INTELECTUAL.»

Resulta chocante pensar que, en los mismos momentos en que Allende pronunciaba estas palabras, en Valparaíso los altos mandos del Cuerpo de Infantería de Marina adiestraban y proveían de material explosivo a dos grupos civiles (Patria y Libertad y Comandos de Ex Cadetes) para sus tareas de terrorismo «de apoyo» a un «paro general de actividades empresariales» que se proyectaba desencadenar en los «próximos sesenta días». En el mismo instante que Allende decía esto, en la Academia de Guerra del Ejército, en Santiago, lo generales Sergio Arellano Stark, Javier Palacios Ruhman, César Raúl Benavides, Ernesto Baeza Michelsen y Herman Brady Roche, discutían «un plan general tentativo» para invadir Santiago, reducir los cordones industriales, paralizar la capacidad de movimiento de las organizaciones sindicales de la Unidad Popular, y atacar y rendir el Palacio de Gobierno. En ese mismo momento, en el Estado Mayor de la Armada, el jefe de la Primera Zona Naval de Valparaíso, vicealmirante José Toribio Merino, planteaba su famoso plan «de los tres tercios», que significaba «fusilar unos tres mil activistas responsables, encarcelar otros tres mil, y exiliar a tres mil dirigentes políticos de todas las tendencias» para «pacificar el país» y restablecer el orden. Para crear un Gobierno «de las Fuerzas Armadas».

Los duros

Pero aun cuando los «cabeza de huevo» de la Academia de Guerra y del Servicio de Inteligencia Militar del Ejército se convirtieron en los «líderes intelectuales», no constituían la fuerza mayoritaria dentro de los altos mandos. Su poder residía, más que en el número, en su estrecho contacto con el Pentágono y su centro intelectual en Washington, la American University. Y ese contacto estrecho les había permitido, desde fines de 1970, construir una especie de *memorándum* con respecto a las líneas principales del Programa de Gobierno de la Unidad Popular, que sirvió para aglutinar a los diversos sectores políticos dentro de los mandos militares en torno a una «línea de conducta» cuyo esquema ya trazamos en las páginas anteriores.